

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 48 AÑO 2003

TEMA 5: WAGNERIANISMO

TÍTULO: **RECUERDOS DEL PASADO WAGNERIANO DE BARCELONA**
“EL WAGNERISMO EN BARCELONA”

AUTOR: *Rafael Moragas*

Artículo publicado en la revista “Barcelona Atracción” de julio de 1935 con motivo del 25 aniversario del estreno de la “Tetralogía” en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona.

Mis recuerdos wagnerianos son muchos y variados. Con decir que en la noche del 31 de octubre de 1901 -tenía yo 19 años- me nombraron secretario de la naciente “Associació Wagneriana” queda explicado todo. Pero antes...

Era, por allá el año 1891 -tenía yo 8 años- que al caer una tarde, acompañado de mi padre, fuimos al Horno de San Jaime (N. de la R.: Que todavía existe en 2003), de la calle Llibreteria. En el entresuelo habitaba el dueño, don José Pujol y Colom. Este, que era muy buen músico, se hallaba sentado al piano en unión de su íntimo don Lorenzo Sampere. Junto al piano y llevando el compás, un muchacho de aire romántico y ojos saltones. Usaba un bigote muy poblado. Era Enrique Granados.

-“Estoy preparando mi primer viaje a Bayreuth”, -le dijo Pujol a mi padre. Y agregó: -“Las representaciones de los festivales wagnerianos están anunciadas para el año próximo. Esto, y “esto” es la “Tetralogía”, es muy difícil y no queda otro recurso que sabérsela de memoria. Deja que acaben de leer Granados y Sampere, el final de “El crepúsculo de los dioses”.

Y las plutónicas notas del final de la “Tetralogía” me iniciaron en mi locura wagneriana.

1892. Septiembre. Me faltan tan sólo unos días para reintegrarme como pensionista en mi encierro de las Escuelas Pías de la Ronda de San Antonio. Por la tarde de un jueves septembrino, acompañado de mi padre, he estado en el Palacio de Bellas Artes, donde el “Orfeón Bilbaíno” ha cantado “La Cena de los Apóstoles”. Al salir del concierto, mi padre se ha unido a un íntimo. Que va totalmente vestido de dril. Es don Claudio Sabadell. Regresó hace pocos días de Bayreuth y de Munich. Habla detalladamente de la “Tetralogía”. Yo, que voy

vestido de marino inglés y con sombrero de paja forrado de hule, no despegó los labios.

Don Claudio Sabadell va contando: “Y cuando el joven Sigfrido deja de tocar el cuerno, aparece en escena, de una cueva, la mole pesada de un dragón, que canta y al que luego Sigfrido, en singular combate, da muerte, mientras el monstruo deja escapar fuego por las fauces”.

Al llegar a casa hojeo la traducción castellana de los dramas wagnerianos publicados por la colección “Arte y Letras”, que dirige el arquitecto don Luis Doménech y Montaner, obras que se editan en la casa Montaner y Simón. Ávidamente miro y remiro las láminas. Quiero dar con el sentido del texto y, la verdad, no lo entiendo. Pero aquel grabado de la muerte del dragón me impresiona fuertemente.

1894. Una tarde me llevan al Teatro Lírico. El maestro Antonio Nicolau dirige la obertura de “Tannhäuser”. La ovación es enorme. Por la noche, -es el día de “salida” del colegio-, me llevan al Café de Novedades. Un quinteto en el que hay un armonium y el que lo toca es mi profesor de música en los Escolapios. Se llama Ballvé. El quinteto toca la marcha del certamen de “Tannhäuser”.

Aparición en el café de don José María Pascual, crítico musical de “La Publicidad” y que algunos años después va a convertirse en íntimo mío. El señor Pascual le dice a mi padre: -“Ya es maravillosa esta marcha, pero la obertura de “Tannhäuser” es soberana”. A lo que añade Pascual, y esto sí que debe anotarlo el historial musical de Barcelona: “La primera vez que la oí, me puse en pie. Era la primera audición que se daba en España. Tengo muy buena memoria y recuerdo que la obertura se oyó en un concierto matinal celebrado en los Campos Elíseos. Fue en el año 1860. La dirigió mi amigo José Anselmo Clavé” (1)

Año 1895. Conciertos cuaresmales en el Teatro Lírico. Aparece Vicent d’Indy. Se dedica en uno de los programas llamados “históricos” todo un concierto a Wagner. Que triunfa con los fragmentos de la “Tetralogía”. Se oye el prelude del tercer acto de “Tristán e Iseo”, en pleno bostezo.

Año 1896. Cuaresma. El maestro Nicolau organiza unas audiciones a base de de “El Anillo del Nibelungo”. Como premio de estudiar muy

medianamente las asignaturas del bachillerato se me deja ir por la noche a los conciertos del Lírico. Y en compañía de mi íntimo José Antonio Peypoch, vamos oyendo y enloqueciendo. Como me sé a clavo pasado “Lohengrin”, el catedrático del Instituto don José María Bartrina, asistido de toda razón me suspende en mis exámenes de Geometría y Trigonometría. En verano, estudio en “Tannhäuser” y en llegando septiembre, me revuelcan nuevamente en los exámenes. ¡Todo sea por Wagner!

Van pasando los años. Una tarde, en el Liceo veo a Isaac Albéniz dirigir la obertura de “Tannhäuser”. En unión de Antonio Colomé, Peypoch, Manuel Valentí, Rafael Sayé, Henric, Sánchez, Carlos y Santiago Folch, Viladevall y otros incipientes wagnerianos, asistimos al estreno de “La Walkiria” (Año 1899. Mes de enero). Al salir del quinto piso del Liceo, nos pilló en la calle una nevada. Caminamos como alucinados.

En noviembre del mismo año, asistimos al estreno de “Tristán e Iseo”. Antes vimos pintar el decorado a don Francisco Soler y Rovirosa, por cierto, el último que pintó para el Liceo. Vilumara, Junyent y Alarma, entre otros, han pintado después magníficas decoraciones para las obras de Wagner. Leo y releo “Ricardo Wagner” de Joaquin Marsillach, prologueado por el doctor don José de Letamendi, lectura que me abre un campo de posibilidades wagnerianas.

Finales del siglo XIX. Barcelona se desarrolla por parejas. Y éstas antagónicas. O el uno o el otro. Excluidas en absoluto las medias tintas. Vico o Calvo, como actores; Gayarre o Massini, como tenores. La Tubau o la Guerrero, tocante a actrices. Frascuelo o Lagartijo, respecto a toreros. Oradores o Castelar o Pi y Margall, Meyerbeer o Wagner como compositores. Ello es, “Los Hugonotes” o “Lohengrin”. De un lado o del otro. Estas eran las divisiones del envejecer de un siglo modelo de luchas y peleas.

En el último decenio del diecinueve apunta el apóstol del wagnerismo barcelonés, Joaquín Pena, abogado, que se doctoró en Madrid, donde alternaba sus estudios con las noches del Real y el silbar por las noches a Angelo Massini, con el bronquear a Mazzantini por las tardes, en la Plaza de Toros.

Joaquín Pena tenía un tío en Madrid -persona simpatiquísima a quien mucho traté-, aficionadísimo a la música. El tío en Madrid y el sobrino en Barcelona, influyeron grandemente en que el Wagnerismo pronto tomara vuelos inusitados.

Por allá en 1899, Pena se lanzó a crítico musical desde las páginas de la revista "Joventut". En aquella época, un artículo de Pena, equivalía a un disgusto profundo entre los liceístas. A los que no dejaba vivir. Predicaba el wagnerismo como un apóstol y este apostolado ha constituido su timbre glorioso. Por Wagner, Joaquin Pena lo ha sacrificado todo, incluso su fortuna.

Año 1901. Octubre. Una mañana, en el patio del Hospital de la Santa Cruz, se reunían tres estudiantes de Medicina, Luís Suñé y Medán, Amalio Prim y José Ballvé. Previa convocatoria de los dos primeros acudí. A Ballvé, - que era hijo del organista de la iglesia de Santa Ana-, se le había acudido una idea completamente revolucionaria en aquella Barcelona de hace treinta y cinco años.

"Ballvé, -me explicó Luis Suñé y Medán-, quiere fundar una "Associació Wagneriana". Es preciso, necesario, estudiar a Wagner en serio, porque si hemos de fiarnos de las representaciones que nos dan en el Liceo, no vamos a poder sacar el agua clara. ¿Qué podríamos hacer?...

En 1901, uno de los intelectuales que guiaban mis aficiones literarias era Salvador Vilaregut, gran bibliófilo y una de las personas que más saben de teatro. Salvador Vilaregut, quien ya me había iniciado en las novelas de Emilio Zola, así como en los dramas ibsenianos, nos presentó a Joaquín Pena, que era (y sigue siendo) espíritu inquieto, culto y batallador. De la conversación surgió en proyecto de fundar la "Associació Wagneriana de Barcelona". Trabajando con todo el entusiasmo de que éramos capaces, el proyecto pronto quedó convertido en un hecho. Un sábado de octubre de 1901, quedaba fundada la "Wagneriana". Que se fundó en el salón de fiestas del café "Els Quatre Gats" de la calle Montesión y en el mismo local donde hoy hállase instalado el "Círcol Artístic de Sant Lluc". Pere Romeu, propietario del café, no tan sólo nos dio toda clase de facilidades para desarrollar la "Wagneriana" sino que se hizo socio de la misma.

Cuando la “Wagneriana” se trasladó a la calle Canuda 31 -local donde actualmente se halla la elegante “Sala Mozart”-, el musicógrafo Felipe Pedrell inauguró los cursos de conferencias; el poeta Joan Maragall dejó oír su voz disertando acerca de “Don Juan de Mozart”; Enrique Granados manifestó su arte sorprendente interpretando a Bach; el ingeniero José-María Roviralt, glosó a Chopin; Pena, organizó una sesión del “Cuarteto Checo” y peroró en un sin fin de conferencias. En una de las sesiones de la “Wagneriana”, cantó el “Adiós de Wotan”, aquel gran barítono que se llamó Ramón Blanchard, y en otra, un maestro íntimo de Wagner, el kapellmeister Franz Fisher, nos obsequió en una nochebuena con todo un programa wagneriano. Y en aquella sala de la calle Canuda, debutó en público un muchacho, reporter de “Las Noticias”, interpretando al nibelungo “Alberich”, así como al tuerto dios de la “Tetralogía”. Me refiero al barítono José Segura Tallien, que después dio la vuelta al mundo, logrando gran fama con sus interpretaciones de “El Holandés Errante”, “Hans Sachs” y “Kurwenal”. A las conferencias, audiciones y conciertos, nunca faltaba mi excelente amiga Isabel Llorach, a la que llamábamos “la vestal del wagnerianismo”. Joaquín Pena y los wagnerianos, -Jerónimo Zanné y Alfonso Par, realizan una labor formidable-, difunden y propagan sin descanso la magna obra del arte. Hasta...

Hasta que en la primavera de 1910, los esfuerzos e ímprobos trabajos de Joaquín Pena cristalizan y se fijan. Pena logra, -y mucha Barcelona le quedará suficientemente agradecida-, que en el Gran Teatre del Liceo se represente íntegra, la Tetralogía “El Anillo del Nibelungo”. Salvo Bayreuth y Munich, en nación alguna se había representado la totalidad de la obra. Que ahora Barcelona viene obligada a conmemorar el veinticinco aniversario.

Dirigió la Tetralogía el kapellmeister Franz Beidler, yerno de Wagner. Los espectáculos wagnerianos, se convirtieron en un negociazo para el empresario del Liceo, don Alberto Bernis. Vino gente de toda España para ver la Tetralogía. Entre los forasteros, figuraba el famoso musicógrafo valenciano, Eduardo López Chavarri. Y para mayor esplendor de la “Tetralogía”, estuvieron más de dos meses en Barcelona Iseo Wagner, hija del coloso, y un pequeñuelo muy listo y trajeado de una manera algo pintoresca que le daba cierto aire de “torero alemán”. Este pequeñuelo era el nieto de Wagner y por lo tanto biznieto

de Liszt. Durante esta estancia Beidler, su esposa Iseo Wagner y el hijo de ambos hicieron una excursión a Montserrat, acompañados de Joaquín Pena.

Una noche, el maestro Beidler, acompañado de su esposa, que como ya dije se llamaba Iseo y era hija de Wagner, y del pequeño nieto de quien hace un momento os hablaba, fueron de visita a casa de Enrique Granados.

En mi vida he visto al autor de “Maria del Carmen” y de “Goyescas” más azorado por la emoción. Enrique Granados, que tenía un alma de niño, pues era de una bondad ilimitada, besó la mano de Iseo Wagner y como quien no da crédito a lo que ve, le dijo así tal como escribo. Y no exagero al escribirlo, puesto que lo he oído:

-“Dígame, Madame Wagner, ¿es cierto que su padre ha existido?...”

-“Sí, sí, -repuso ella riendo.

-“Pero, ¿usted lo ha visto?”.

-“Le diré que mi padre murió cuando yo ya tenía veinte años”.

-“Pero, ¿es que Wagner no ha sido como un Dios al que no se le ve? Pero, perdone señora... Sí ha de haber existido, ya que lo dice y además porque el perfil de usted, como hija del creador de la “Tetralogía”, es igual que la de mi Wagner”.

Aquella noche, Enrique Granados, estuvo interpretando durante unas dos horas, obras suyas -(había acabado ya el primer cuaderno de “Goyescas”)-, y otras de Albéniz. La familia Wagner -¡lo he visto!-, abrazaban a Granados.

La noche del 10 de mayo de 1910, la pasamos con los Wagner y el maestro Franz Beidler, en el Observatorio Astronómico del Tibidabo. El director, nuestro gran astrónomo, don José Comas y Solà, nos había invitado a fin de observar el momento culminante del Cometa de Halley. Acompañaron a aquellos ilustres visitantes, doña Carmen Miralles de Andreu con sus hijas Carmen, Paquita y Madrona, Enrique Granados con su esposa, doña Amparo Gal, el esmaltador Mariano Andreu, el ingeniero José María Roviralta, el musicógrafo Joaquín Pena y yo.

Se bromeó sobre si el Cometa de Halley iba a acabar con el mundo. Y al oírlo, el director del Observatorio Fabra o sea don José Comas y Solà, graciosamente dijo:

-“No se acabará, doy mi palabra. Pero por si acaso, que no nos coja sin cenar.

Y en efecto, a la una de la madrugada, bajo la cúpula del Observatorio y junto a la ecuatorial, nos obsequiaron con una magnífica cena que amenizó desbordando en buen humor José María Roviralta.

¿Más recuerdos? Sí, pero ya pertenecen a otros años. Recuerdos fijados en la conmemoración del centenario del natalicio de Wagner y organizado por la “Wagneriana”. Diré que en catalán y casi íntegro, se cantó “Parsifal”. El “Orfeó Català”, institución asombrosa que dirige Lluís Millet, interpretó maravillosamente la parte coral.

Otro recuerdo. La noche del 31 de diciembre de 1913. A las diez en punto de la noche, “Parsifal” hace su aparición en el escenario del Liceo. La representación termina a las cinco en punto de la madrugada del Año Nuevo. Un nombre famoso se agregó al wagnerismo de estos últimos tiempos. El del tenor Francisco Viñas. Prescindir del nombre de Francisco Viñas, no podrían perdonárselo los wagnerianos barceloneses en todo el resto de su existencia.

Después del estreno de “Parsifal”, Wagner se agiganta como ya se acrecentó después de oírse íntegra la “Tetralogía” en aquella primavera del año 1910 que ahora todos deberíamos conmemorar. Se llegó en el Gran Teatro del Liceo a representar “El Anillo del Nibelungo” antes que en ningún escenario de Europa (salvo Bayreuth y Munich) y América (2), gracias a Joaquín Pena así como a la “Associació Wagneriana”, que aún está de pie, joven y llena de vida y que con su impulso poderoso, logró hacer insubstituíbles en las temporadas de nuestro Gran Teatro del Liceo, las obras líricas más enormes y sorprendentes que surgieron de aquel cerebro de oro que nació para maravillarnos y murió para que los wagnerianos con fe propaguemos su obra de cíclope y de músico infinito.

(1) Normalmente se considera la primera audición de Wagner en España el concierto del mismo Clavé celebrado el 16 de julio de 1862 y con la marcha de Tannhäuser. Sin embargo, aunque los “historiadores” se inclinan por esta fecha que está documentalmente referenciada - se conserva el programa-, nosotros nos inclinamos por la de 1860 pues son varias las personas que lo mencionan y ello en artículos publicados entre 1910 y el presente de 1935. Es decir, personas que vivieron el momento, ansiosamente esperado y que difícilmente podían confundirse de obra.

(2) La "Tetralogía" fue representada completa en muchas ciudades antes que en Barcelona. Es difícil entender la razón por la cual el autor del artículo insiste reiteradamente en un dato que con toda seguridad Joaquín Peña sabía que no era exacto. Barcelona únicamente se adelantó a París en cuanto a ciudades importantes. Angelo Neumann organizó una compañía itinerante, el "Wagner-Theater" y realizó 135 representaciones completas de "El Anillo" por toda Europa. Esa fue la razón fundamental de tantas "Tetralogías". Posiblemente las representaciones de Barcelona debieron tener algún tipo de singularidad pues de otra manera no se explica la argumentación.